Marta Azorín Luque

Las Historias de Marta

Las historias de Marta

Marta Azorín Luque

Para mis hermanas, por ser tan maravillosas,
bellas y únicas.
Para David, por estar siempre ahí,
en las buenas y en las malas.
Para Gonzalo, para que descubras lo especial
que eres y te permitas explorar todo un mundo
que está ahí para ti.
Os quiero.
Para todos los que me habéis animado
a comenzar este proyecto, muchas gracias.
Y no podía faltar la mención a Julieta,
mi peludita blanca que me hace la vida más feliz.

LEGAL NOTICE

Book author
Marta Azorín Luque

Book cover
Sol Taylor

Book design
Jesús Gragera

Imprint
Independently published

Si pudiera vivir nuevamente mi vida, en la próxima trataría de cometer más errores. No intentaría ser tan perfecto, me relajaría más. Sería más tonto de lo que he sido, de hecho tomaría muy pocas cosas con seriedad. Sería menos higiénico. Correría más riesgos, haría más viajes, contemplaría más atardeceres, subiría más montañas, nadaría más ríos.

Fragmento del poema Instantes
de José Luis Borges

Contents

Relatos Cortos
El tiempo
La cocina de mamá
Aromas de infancia
El abuelo
Nave llamando a Tierra
Sonambulistas
Relatos
Destinos cruzados
Las cadenas de Sara
El aguador del tranvía
Vidas ajenas
Prosa poética
Mi paseo favorito
El rincón donde habitas
Reflexiones
Ausencias
Merece la pena, siempre
Huellas
Historia de una muleta
Marta Azorín Luque

Relatos cortos

El tiempo

La anciana ríe por lo bajo. Su pelo blanco y sedoso se recoge en una trenza larga y ladeada. Un sombrero de paja con un lazo azul la protege del sol. Sus arrugas son como savia que recorren su piel, declarantes del paso del tiempo.

Hay un señor que siempre se sienta a su lado en el banco. Su nariz aguileña asoma por debajo de la gorra, protegiendo unos labios que en su día fueron tiernos y pronunciaron su nombre. Él siempre está risueño. Una flor en sus manos empieza a marchitarse. Su tiempo también es corto. Mira con cariño a la anciana, que sonríe al observar de reojo la rosa caída y ese hombre junta su cara a la de ella, en un intento de fundir sus mentes para que recuerde, como si pudiera regalarla sus propias memorias. Frentes amables que buscan cobijo.

Ella busca un pequeño espejo que lleva en su bolso, pinta sus labios de abril mientras se recoge un mechón cano suelto. Al mirarse en él, frunce el ceño. "¿Quién eres?", se pregunta. No quiere pensarlo. Es su primer amor y un rubor adolescente la enciende.

—Soy yo, mi amor —susurra él mientras acaricia su mejilla.

La anciana ríe por lo bajo mientras recoge aquella flor que no sabe, como ella, que está envejeciendo.

La cocina de mamá

Hay momentos en el día que me trasladan al pasado de forma inevitable: cuando la temperatura baja y el día se despierta blanco, mi madre canta en la cocina mientras el *chuf chuf* de la olla silva y huele por toda la casa a ese maravilloso cocido que nos vamos a comer.

Llega el esperado momento de saborear ese manjar y nos sentamos todos en una mesa que ella preside. No es un puesto de honor, es que es el más cercano a la encimera y está más a mano para poder levantarse a por las cosas. Mi padre está sentado junto a la pared porque ese es su sitio. ¡Sí señor! "Para un día que come en casa no se va a mover", piensa mi madre. Es un lujo, una fiesta que mi padre esté al mediodía, pues trabaja tantas horas fuera de casa que se hace raro verle por allí.

Por fin hincamos el diente. En ese momento tengo un doble disfrute gastronómico: el primero, el que saboreo en ese instante, y el segundo, las croquetas de cocido que vamos a tener al día siguiente: toda una bandeja coronada por una tortilla hecha a base de huevo y pan que siempre se come mi hermana. Ya me estoy imaginando cómo las prepara y cómo me escondo tras ella mientras hundo mi dedo disimulado para arrancar un pedazo de esa masa pastosa, blanducha y caliente que sabe a gloria.

Hago una mueca risueña mientras pienso en mis dos platos favoritos de esa semana, sin ser consciente del gran momento que estoy viviendo; sin ver lo efímero de la situación, la fragilidad de la calma y de esa seguridad que da ver a los cinco sentados a la mesa. Algo que no ha de durar y sin embargo se quedará en mi memoria y en mi corazón... Y mientras me llevo a la boca la sopa humeante miro de reojo a mi madre que, como siempre, canta en la cocina.

Aromas de infancia

Para mis hermanas, a las que adoro por encima de todas las cosas, bellas y únicas.

Hoy he amanecido algo más tarde de lo habitual. David ya se ha levantado y está preparando café para los dos. El olor del desayuno sale de la cocina, recorre el pasillo, se cuela por debajo de la puerta de la habitación y viene a despertarme suave y meloso. Medio dormida, exhalo profundamente: "mmmm, qué bien huele". Arrebatada por su intensidad le dejo pasar y es cuando se apodera de mi mente aletargada. Sigue su camino y curiosea en los vericuetos de mi mente. Descubre entonces vivencias pasadas que rescata, las sacude y coloca en mi cabeza, para terminar de despertarme.

Ante mí se presenta como un flash aquella invernal mañana. Yo no tendría más de tres o cuatro años. No es un recuerdo fuerte, no es triste ni alegre. No marcó una tragedia ni fue el preludio de buenaventura. Es una evocación sencilla y muy significativa.

Debía de ser sábado o domingo… ¿quién sabe? Pero seguro que era fin de semana, porque la prisa no se dejaba ver por los pasillos. Mi madre estaba en la cocina preparando el desayuno; mi padre, como casi siempre, estaría trabajando. Me desperté con aquel pijama de algodón blanco y nubes azules, y un sudorcito adormilado con olor a leche. Mi piel aun olía así.

Fui desperezándome sigilosa hacia donde escuchaba el bullicio de mi familia. Mamá bregaba con las dos para que pusieran la mesa del desayuno. De la cocina salía una zarzuela de aromas: olor a café, a leche caliente con colacao, a tostadas recién hechas… hasta podía notar el sabor de las galletas con mantequilla que ella estaba untando para mí. ¡Era mi desayuno preferido!

Entré… y allí estaban las dos. Con los pelos enmarañados, con sus caras de sueño, y sus batas abrochadas. Se giraron al sentirme y corrieron risueñas hacia mí.

Yo me sorprendí muchísimo. Quizá era la edad en la que una empezaba a entender de sentimientos. Al acordarme de aquello ahora, renace en mí la misma sensación maravillosa: el sentirme tan querida por mis dos hermanas mayores, como si fuera consciente por primera vez de lo que significa la palabra amor. Y eso que la mayoría de las veces no paraban de chincharme y se molestaban cuando tenían que encargarse de mí. Ambas intentaron cogerme en brazos. Pero claro, yo no podía partirme en dos. Y entonces fue cuando ocurrió:

—A ver, ¿Con quién te vienes, con Ana o conmigo?—preguntó Beatriz.

Sin quererlo, mi hermana estaba haciendo una pregunta que para mí supuso un torrente de nuevas sensaciones: ternura, compasión, cariño... No podía elegir entre una y otra. Durante unos segundos que parecieron décadas, intenté decidir y… ¡me daba tantísima pena abandonar a cualquiera de las dos! Pero ella insistió y yo… señalé.

No recuerdo a quién escogí, pero sí el ir en volandas prendida de unas manos que me alzaban hacia el techo, mientras miraba a la que se quedó, sintiendo una pena infinita por no haberla podido señalar también. Evocando hoy ese recuerdo puedo percibirlo tal cual en mi pecho. Es como un pellizco que se quedó enganchado por siempre en mí. A lo mejor las imágenes están mejoradas por los engranajes de mi mente; igual las batas no estaban abrochadas, o mi padre sí estaba ese día. Lo que quedó intacto es la sensación abrumadora de amor y aflicción que me invadió. Puedo garantizar que, más que un dibujo tejido para dar forma a mis memorias, lo que perdura en mí, es un calco estampado con precisión de lo que sentí en aquella mañana.

Me levanto con una sonrisa ante tal recuerdo. Camino al encuentro de David, que me está esperando para desayunar, y en mi cabeza ya se desdibuja una niña pequeña, que relame los bordes de sus galletas. Sin duda, ha sido un buen despertar.

El abuelo

Ella se desconcertó cuando vio el sobre encima de su escritorio. Más que nada porque desde el principio pensó que era misión imposible. Pero allí estaba… por fin, cuando estaba a punto de darlo todo por perdido. Le había costado muchos meses conseguir aquello, buscando en archivos, consultando ayuntamientos, escribiendo a posibles familiares, preguntando a vecinos de su pueblo…. Ya pensaba que, de existir algo de lo que buscaba, no iba a dar tiempo, que su abuelo se marcharía para siempre antes de poder darle aquella sorpresa.

Abrió aquel sobre despacio, como quien tiene un tesoro mágico y teme que desaparezca. Junto a la foto había una nota en la que explicaba quién era, de esa imagen, el hombre que estaba buscando. En ella se podía contemplar la figura de un chico junto con otras personas adultas que, supuso, se trataría de los tatarabuelos y más familiares. La foto en blanco y negro y medio borrosa, posiblemente sería la única imagen que se tenía de él. La devastación de la guerra había privado al abuelo de cualquier recuerdo, foto, objeto…, ninguna cosa que él pudiera atesorar de su padre.

Dejó lo que estaba haciendo en el despacho, cogió el bolso y fue a la residencia.

Le entregó el sobre.

Al principio se quedó sorprendido, no sabía de qué… Pero... Su rostro fue cambiando y una emoción afloró intensa; Y fue entonces cuando empezó a contar aquella historia que tantas veces ella había escuchado:

—Yo tenía los ojos más tristes que un niño podía tener—dijo el abuelo observándose en la foto—. Menudas pestañas. No las recordaba así.

—Igual que ahora, abuelo—dijo ella con cariño, mientras acariciaba su mejilla con ternura.

El hombre la miró con admiración y afecto.

Continuó con su historia:

—Me asomaba detrás de una rendija que dejaba al aire una pequeña apertura por donde podía mirar. Al otro lado, individuos que jugaban a ser soldaditos de plomo pasaban por delante de mí sin verme, y el miedo me hacía estar muy callado, tal y como mi padre me pedía. Recuerdo cómo apretaba mi mano muy fuerte, para hacerme sentir seguro. Apenas si cabíamos en aquel cuartucho que tenían mis padres

como despensa. Mi padre… cuánto le quería.

—Lo sé abuelo.

—Él decía que no pasaba nada, que eran sólo personas enfadadas, pero que no hacían daño; que las listas de nombres no eran ciertas. Los miré detenidamente. Sus gritos me aterraban y aquellas armas enlutadas dispuestas a disparar no parecían de juguete. La puerta se abrió y unas grandes manos cogieron a mi padre y… Y ya nunca más le volví a ver. Sentí un golpe fuerte en la sien—el abuelo se tocó la cicatriz de su cabeza—. En realidad, aquel que me dio el golpe se apiadó de mí. Es contradictorio, ¿verdad? —se lo preguntaba a sí mismo mirándola a ella—. El asesino de mi padre, fue el que me salvó. Y cuando ocurre eso, uno se pasa la vida sin saber que sentir hacía ese desconocido: odio por haberme privado de mi padre, pena porque seguramente se vio obligado a hacerlo, o agradecimiento por encubrir mi presencia y haberme permitido tener una vida, haber conocido a mi querida Amalia, a mi hijo Alfredo y lo mejor de todo, tenerte aquí conmigo ahora.

—Fueron tiempos duros para todos, abuelo.

—Me avivó el rescoldo de un olor a pólvora y el rostro de mi madre con expresión urgente apareció tras aquella puerta. Desde entonces solo pude recordar de mi padre aquella mano apretándome fuerte, solo eso. Se lo llevaron todo, hasta la posibilidad de recordarle de otra manera.

—Ahora ya puedes hacerlo, abuelo—señaló una imagen de la foto —. Éste era él, ahí tienes su imagen, riendo, feliz, con todos vosotros —dijo ella.

Se abrazaron muy fuerte y se quedaron así, dejando pasar el tiempo, compartiendo amor, nostalgia y consuelo.

—Gracias hija mía—le susurró al oído—. Gracias.

Nave llamando a Tierra

Hoy en la siesta he pitando la frente a Gael y ni se ha enterado, pero al despertar ha ido al baño y ahora está gritándome.

—¡No me *guztan* estas bromas! ¡Te lo he dicho muchas veces!—. Lloriquea mirándose al espejo.

Me tapo con la sábana la cara para que no escuche mi risa.

—Venga, vamos a jugar un rato—le digo cuando vuelve a la habitación—. ¡Píntame también! Toda la cabeza si quieres. Tengo las pistolas de ayer en el cajón.

—Vale—dice con medio puchero aún en su cara.

Pobrecito, él es bastante más pequeño que yo y a veces me aprovecho de eso. Las horas del día son tan largas…

Nos ponemos en pie. Él tiene que apartar algunos cables que le molestan, pero al final saltamos de las camas y comenzamos el juego.

—¡Atención nave nodriza dirigiéndose a tierra! ¡Nos persigue una nave extraterrestre! ¡Ayuda!

—¡No te *ezcaparás* maldito terrícola! Vais a morir todos, ja, ja, ja—exclama exagerando una risa perversa.

Comenzamos a correr por la habitación con los brazos extendidos, simulando naves en el espacio exterior, gritando y saltando sobre las camas como si fueran meteoritos que debemos esquivar.

Gael me persigue sujetando con su mano izquierda lo que dice que es su súper nave. Esa cosa tiene ruedas y le dificulta la caza y eso me da mucha ventaja.

Se abre la puerta.

—¡Atención, atención! La monstruo jefa está invadiendo nuestro espacio—grito mientras corremos como dos niños buenos para meternos en la cama.

—Vamos chicos, portaos bien—ordena mientras saca su fonendoscopio para auscultarme.

—¡Maldición, me ataca!—. La doctora no puede evitar reírse.

—Estate quieto—me pide risueña.

Miro a Gael guiñando un ojo y él lanza una risita. De repente se pone serio y la mira.

—Señora *monztruo*, ¿cuándo le va a creer el pelo a Ángel?—pregunta señalando mi cabeza pintada por él hace un rato.

—Muy pronto Gael. Y a ti te quitaremos los cables en breve. Estáis los dos muy bien.

Nuestras madres entran con caras alegres. Parece que han recibido

muy buenas noticias.

Sonambulistas

La niña

Hoy estoy muy contenta porque es viernes por la tarde. Las clases en el mes de mayo empiezan a resultar duras por el calor. Pero no estoy feliz solo porque llega el fin de semana. A papá hoy le toca trabajar de noche en el taxi y siempre que eso pasa, pido a mamá poder dormir con ella.

Mi madre se cree que es porque me encanta descansar en esa cama. En parte sí, pero también es porque me suelo despertar a media noche con pesadillas horribles que me dan mucho miedo. A veces me encuentro sentada en la cama gritando, sin saber qué hago ni dónde estoy. Al despertarme de golpe veo miles de sombras en la oscuridad de mi habitación, o me imagino espíritus malignos acechándome para llevarme a algún lugar tenebroso. Siento un pánico terrible, así que, cuando duermo con mamá, me encuentro más segura, y si me despierto sé que nada malo me puede ocurrir. Ella está ahí y eso me calma. Empiezo a rascarle la espalda, como excusa para que ella también se despierte. Cuando abre los ojos el miedo se disipa. Ella cree que lo hago solo porque la quiero mucho, pero es para sentirme protegida ante las aterradoras presencias que seguro me observan. Aunque no penséis que no la quiero. Me encanta darle muchos besos y abrazos y sé que nunca se cansa de tenerme encima.

Papá se despide como siempre con un beso a cada una de nosotras, y mis dos hermanas y yo nos quedamos con mi madre cenando. Acabo de venir de la calle de estar con mis amigas. El juego que más me gusta es la goma. Me sé todas las canciones y se me dan muy bien las alturitas. También me gusta mucho montar en bici. A veces me escapo por las calles y me voy muy lejos con mi amiga sin que mis padres lo sepan, y pedaleo rápido y me imagino que vuelo como si estuviera montada en Falcor de La Historia Interminable.

Con tanta travesura estoy agotada. Mamá me manda a la cama, pero pido quedarme un poquito más.

—Mamá, hoy es viernes. Por fi quiero ver el un, dos, tres.

—Bueno, media hora más y a la cama.

Finalmente me quedo dormida en el sofá y mi madre me lleva con cuidado a la habitación.

Me alertan unos gritos espantosos.

—¡Mamá, mamá! ¡Pero qué te pasa!—pregunto asustada.

—¡Hay serpientes en la cama!—dice mi madre gritando.

—¡Qué dices!—. Levanto la sábana y veo toda la cama llena de enormes serpientes que sisean y se desplazan lentamente. No han dejado un hueco del colchón libre. Comienzo a gritar desesperada, me agarro a mi madre llena de pavor. Para mi sorpresa veo que ella se deshace de mis brazos con una fuerza animal y… en ese momento me despierto y la veo corriendo por la habitación gritando desaforada.

La madre

Por fin es viernes. Hoy a mi marido le toca trabajar por la noche y no me hace mucha gracia porque alguna vez se ha llevado un susto en el taxi. Pero bueno; así es la vida.

Seguro que mi hija me dice que quiere dormir conmigo.

La verdad, no me importa; de hecho me encanta sentirla cerquita. Y eso que muchas veces me despierta en plena noche y me empieza a rascar la espalda y yo en ese momento me siento muy querida. A veces incluso es un poquito pesada. Se pasa el día colgada a mí, pidiendo echar una partida a las cartas, y dándome besos y más besos, y cuando tengo que hacer toda la casa resulta agotador; pero por otra parte, le queda poco para seguir siendo pequeña y que yo sea todo su mundo. Lo sé bien porque ya he pasado dos veces por ese trance.

Luego vendrá la dichosa adolescencia y esta niña apunta maneras.

Se cree que no lo sé, pero la he pillado muchas veces con la bici por ahí. Y mira que le digo que no salga del barrio, pero no hay manera. Cualquier día me avisan dándome un susto.

Mi marido ya se marcha; como siempre nos da un beso a las cuatro y nos quedamos cenando. Después de cenar mis hijas mayores salen un poquito por la noche, pero llegarán pronto. Siempre les digo que a las once en casa y me hacen caso. La pequeña está agotada. La mando pronto a la cama, pero me pide un ratito más, como siempre.

—Mamá, hoy es viernes. Por fi quiero ver el un, dos, tres.

—Bueno, media hora más y a la cama.

Finalmente se queda frita en el sofá y la tengo que acostar con cuidado.

Me alertan unos ruidos raros y escucho la voz de mi niña preocupada.

—¡Mamá, mamá! ¡Pero qué te pasa!—pregunta mi hija asustada.

—¡Dios mío! ¡Me persigue un demente! ¡Parece que está muy mal! —. Un hombre con aspecto hosco me acosa y ni la artrosis me impide

dejar de correr. Va gritando detrás de mí, haciendo sonidos extraños y torciendo la boca en un intento de risa. De repente, me alcanza y me rodea con sus brazos. Saco la mayor fuerza que puedo y me desprendo de ellos. Corro cada vez más.

En ese momento me despierto, y me encuentro de pie en mitad de la habitación. Miro a mi hija que está sentada en la cama mirando el colchón y chillando aterrada. *¿Qué le pasa al colchón? ¿Qué hago de pie?*

Mis hijas mayores, que estaban despiertas charlando en sus camas, vienen corriendo al escuchar tanto grito, no sin antes pasar por la cocina para coger un cuchillo. Algo muy malo nos tiene que estar pasando.

Se quedan atónitas mirando la escena desde el pasillo. Ya despiertas las dos, mi hija sentada y yo de pie, comenzamos reír a carcajadas comprendiendo que se han mezclado nuestros mundos oníricos.

—¿No habéis pensado que no es buena idea que dos sonámbulas duerman juntas?—dice la mayor con cara de paciencia.

Esto nos va a servir para reírnos durante muchos años, estoy segura.

Relatos

Destinos cruzados

Podéis pasar. Adelante. Si miráis dentro de la sala, veréis los pupitres, y al fondo grandes ventanales que dan al patio. Es una clase amplia, bañada de luz y siesta. En este momento hay gente dentro, esperando comenzar el curso. Chicas que tienen entre dieciocho y veinticinco años, sofocadas por el calor de la tarde y hablando entre sí.

Ahora sentaos en esas sillas verdes de colegio y miradnos. Es el primer día. Llego de la mano de una desconocida a la que he preguntado por la clase de tercero A de Administrativo. Soy nueva y me he perdido. Entro con ella, mientras me explica que una de sus mejores amigas empieza el mismo curso que yo y se ofrece a presentármela. Mis futuras compañeras de la clase nos miran curiosas; algunas han hecho el primer ciclo allí, pero muchas venimos de otros centros.

—Mira, esta es la clase. Esta es Teresa, la amiga que te venía comentando —me dice la desconocida mientras se dirige a mi nueva compañera.

—¿Qué tal? Soy Marta —me presento, mientras tomo asiento a su lado.

A partir de este momento, nos hacemos inseparables. Somos dos jóvenes estudiosas, divertidas y juerguistas; vamos, lo que pide la edad. Hemos hecho buenas migas con unas cuantas más:

Espe, que vive en la residencia del instituto, pero es de un pueblo de Toledo y Mónica y Ana, que se sientan delante de nosotros. No paran de hablar entre ellas y siempre se están dando la vuelta para poder cuchichear en grupo. Todas, excepto Espe y yo, viven en la zona norte de Madrid, concretamente en el Barrio del Pilar y han ido hasta el centro de la ciudad a estudiar, para encontrarse con nosotras; y Espe, desde su pueblo, y yo, desde Getafe para estar con ellas, aunque ninguna lo sabemos todavía.

Lo más curioso es que todas las casualidades las vamos descubriendo a través de varias conversaciones que transcurren en el mismo día. Son cosas que vienen del pasado, o que han recorrido kilómetros de distancia hasta dar conmigo. Llamadlo como queráis: sino, karma, hilo rojo… No sé qué nombre ponerle. Simplemente es el destino, al que le gusta jugar bastante con la gente.

Ahora que ya estáis sentados, nos habéis conocido y sabéis dónde vivimos, escuchad que os cuente:

—Ayer, mientras estudiaba, estaba con mi hermana, y te mencioné —me explicó Tere—. Me comentó que le sonaba mucho el apellido Azorín.

—Puede ser por el escritor. Hay personas que me preguntan si soy familiar porque no deben de saber que fue un apodo que él tenía —contesté mientras abría el libro de economía.

—No, qué va. El caso es que se quedó dándole vueltas y vino al rato emocionada. Cuando me contó de qué conocía tu apellido, me quedé de piedra: Ella había estudiado jardín de infancia hace muchos años y su mejor amiga se llamaba Beatriz Azorín, y tenía una hermana, muy pequeña, que se llama Martita…

—¡Qué era yo! —exclamé con los ojos muy abiertos, sin dejar que terminara la frase.

—¡Exacto!

—¿Pero cómo es posible? —dije emocionada—. Me estás contando que nuestras hermanas hace unos quince años estudiaron juntas, se hicieron las mejores amigas, y tenían dos hermanas pequeñas, es decir tú y yo, que viviendo unas en el norte de Madrid y otras en Getafe, hemos venido a parar a otro instituto, distinto al de ellas, para hacernos muy amigas.

—Sí. Eso es exactamente lo que te estoy contando. Por no mencionar la casualidad de que te encontraras con Mar, la chica que nos presentó. ¡Anda que no había gente para preguntar en el instituto! Si hubieras parado a otra, habrías dado con la clase, pero seguramente te hubieses sentado en otro sitio. Nunca habríamos tenido esta conversación y nunca sabríamos el grado de amistad que tuvieron nuestras hermanas. Quizá seríamos meras compañeras de clase que no comparten mucho —dijo Tere pensativa.

—Después de quince años… Con la de gente que hay en todo Madrid —seguía yo dándole vueltas a lo de nuestras hermanas —, me parece increíble. ¡Qué casualidad!

¿Tendrá algún significado? ¿Será que estamos predestinadas y seremos inseparables?

—Sí, sí. Lo que tú digas—contestó mientras me cubría los hombros con su brazo. Teresa poseía un tono burlón innato en ella y siempre estaba con bromas obscenas, con las que, por cierto, nos reíamos mucho.

—¿Qué hacéis? —preguntó Mónica, cortando nuestro estado embelesado.

Ella era la de los motes y rimas. Había veces que se volvía en el pupitre de forma repentina, y decía rápidamente cosas como: Teresa Requejo patitas de conejo, y volvía en un segundo a su posición inicial; Terelu, cha, cha, cha o Marta, Marta, no hay quien te parta. Para cada profesor tenía un apodo. La Sindi, el Urkel… Su

imaginación desbordante no dejaba títere con cabeza.

Le contamos el descubrimiento. Ella también se sorprendió. Pero bueno, al fin y al cabo la vida tiene estas casualidades. Lo que pasa es que la cosa no acabó ahí:

—Mañana tengo que ir al hospital —explicó Moni. Le preguntamos si estaba enferma.

—No, nada importante. Tengo que ir a la Cruz Roja para hacerme una resonancia. Mi cuñado trabaja allí.

—¿Cruz Roja? —pregunté mientras el pelo se me erizaba —. Mi hermana también, en el pabellón catorce.

—¿Sí? Mi cuñado en rayos.

—No se llamará Ignacio —dije en tono guasón.

—Pue sí…. —contestó Mónica empezando a entender que alguna noticia se avecinaba.

—¡Ignacio el de rayos! —exclamé fascinada.

—Sí. Así le llaman, sí…

—¡Es íntimo amigo de mi hermana! Y de la familia entera. Ha estado en mi casa unas cuantas veces, y siempre nos atiende él cuando tenemos alguna prueba.

—¡Qué me estas contando! —exclamó Mónica con cara divertida.

Empezamos a reírnos todas. ¡Cuántas casualidades!

—Buenos chicas, por fin es viernes. Descansad —se despidió Tere unas horas más tarde —. Espe, este finde, ¿te quedas en la residencia o te vas a tu pueblo?

—Pues me iba a quedar, pero al final me voy a Corral, que quiero ver a Tete, tengo que hablar con él. No sé yo este chico a que aspira, la verdad—contestó.

Espe fue todo un descubrimiento. Entró como una chica de pueblo, de las que poco saben de la vida, o eso parecía. No lo hacía adrede. Es que por esas tierras, no se solía hablar abiertamente de muchos temas y cuando llegó aquí tuvo que empezar desde cero, aprender que hay conversaciones que no tienen por qué ser tabús y creo que al final sabía mucho más que alguna de nosotras. En cualquier caso, era adorable.

—¿Cómo nos dijiste que se llama tu pueblo? —preguntó Mónica.

—Corral de Almaguer. Qué pasa chicas…, a ver si os quedáis ya con el nombre.

—Y tú Marta, ¿Qué planes tienes? —me preguntó Espe.

—¿Yo? —Dije riendo —Si todo va bien y no tengo movidas con mis padres me voy al pueblo de mi chico.

—¿Y cuál es? —preguntó Tere.

—¿Os queréis reír? —dije misteriosa, mientras mis amigas dibujaban un interrogante con los hombros.

—Pues os lo digo: Es Corral de Almaguer.

Ahora que habéis llegado hasta aquí, que sabéis muchas más cosas de nosotras y os he contado la cantidad de coincidencias que nos unían mucho antes de saber que existíamos, podéis dirigiros hacia la puerta de la clase y bajar por las amplias escaleras. Al llegar al patio cerrad los ojos. Veréis, como si de una cámara rápida se tratase, un lapso de tres cortísimos años, llenos de vida, de tardes de estudio juntas, de pellas, risas, novios no muy recomendables que venían a buscarnos, cafés espumosos en los recreos, confidencias, paseos al sol, lágrimas de despedida... Hacedlo con cuidado, por favor, para no enturbiar nada, y que el aroma de aquella maravillosa amistad pueda seguir embriagándonos cuando imaginemos este viaje hacia el viejo instituto.

Cuando el destino se cansó de ese juego, inventó más historias. Añadió hijos, parejas, perros, y vidas totalmente distintas. A Ana la metió en una espiral aparte y no sabemos dónde fue a aterrizar. Decidió que Beatriz apareciera en la vida de Mónica haciéndose grandes amigas, y por consiguiente en las nuestras. Y nos impuso algunas de sus normas: vernos, mínimo, un par de veces año, que no siempre lo conseguimos, volar si hace falta junto a la que necesite compañía, y desde hace unos años hacer un grupo de WhatsApp, llamado Las Supremas de RiosRosas, donde ahora se están riendo, recordando y añorando, al decirles lo que estoy escribiendo.

Las cadenas de Sara

Sara ya lo sabía. Pensaba en ello sentada en un taburete al lado de la bañera, mientras masajeaba el pelo rubio de Carol. Miraba aquellos ojos cerrados con sus largas pestañas, y con un dedo iba repasando el paisaje de su cara: aquellos dos hoyuelos, que la volvían loca, su nariz perfecta y sus labios curvados en media sonrisa. Su cuerpo estaba cubierto de espuma. "No puedo consentirlo", rumiaba removiendo el agua que envolvía a Carol.

—Tengo que salir, amor —dijo Sara mientras se secaba la mano con la toalla. No recibió respuesta; tampoco la esperaba.

Se puso ropa de deporte, cerró la puerta de un golpe y sintió cómo una brisa fuerte la traspasaba el rostro. Inspiró profundamente para intentar apaciguar su ansiedad. Su corazón palpitaba con fuerza, las manos sudaban y el nudo en la boca del estómago la estaba ahogando. "No puedo consentirlo". No dejaba de repetírselo una y otra vez.

Salió sin rumbo fijo y corrió tan rápido como pudo intentando dejar todo atrás.

Cuando quiso darse cuenta estaba delante de aquella casa. Se acercó despacio y dudó. "Márchate Sara. Sal de aquí", se dijo mientras se dirigía hacia la entrada.

—¡Hola Sara! —saludó Víctor al abrir la puerta—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Va todo bien?

—Hola Víctor —contestó ella sonriendo.

"Aquí está, mírale. Tan guapo y encantador como siempre", pensó con desprecio.

—Sí, sí. Todo va estupendamente. He salido a correr y justo he parado delante de tu casa. Hace tiempo que no nos vemos, así que he pensado en saludarte.

—¡Claro! Me das una grata sorpresa. Pasa, no te quedes ahí. ¿Quieres un café? —preguntó con naturalidad.

"Qué bien disimulas", pensó ella.

—Mejor té, si tienes, gracias —contestó lo más simpática que pudo —. ¿Qué tal Sonia y los niños? Veo que no están.

"¿Lo habrán hecho aquí mismo, donde estoy sentada? ¿Cuántas veces habrá subido Carol aquellas escaleras para ir hasta su habitación?"

—Han salido los tres de compras. Los chicos crecen rápido y enseguida se les queda todo pequeño, ya sabes —respondió Víctor desde la cocina.

Sara decidió marcharse. Fue hacia la puerta pero se arrepintió. Empezó a dar vueltas por el salón llorando, con las manos en la cabeza apretándose la sien ahogando un grito y sudando como nunca en su vida había sudado.

—Te he puesto una de esas galletas que sé que te… —. Víctor no pudo terminar la frase. Se quedó de pie en la entrada del salón sospechando lo que pasaba.

—Tengo que contarte algo —admitió Sara, mirándole con odio, mientras se secaba las lágrimas —He matado a Carol—. Lo dijo sin pensar, solo para que el dolor también le consumiera por dentro.

—¿Cómo? —preguntó Víctor con un hilo de voz tembloroso—. ¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca?

—Lo he hecho en la bañera —continuó explicando con la mirada perdida, sin escucharle —. ¿Sabes lo que le relaja que acaricie la cabeza mientras se baña? ¿Te ha pedido ese tipo de cosas alguna vez, o solo follabais? ¿Sabes que llevo toda la vida enamorada de ella y sabes cuántos años me costó que me dejara de ver como a una amiga? La di todo lo que pedía solo para que supiera que yo la haría feliz. ¿Y para qué…? No lo podía consentir. La he sedado y después la he ahogado en la bañera —explicó con una repentina frialdad.

—¡Estás loca! —gritó Víctor, aterrado. La taza de té cayó al suelo haciéndose añicos —. No puedes estar diciéndolo en serio. ¡No es posible!

—Claro que es en serio. Ve a comprobarlo si quieres.

—¡Dios mío! ¿Pero qué has hecho? ¡Nunca debiste dejar a aquel psiquiatra! ¡Tu obsesión por ella no la dejaba vivir! ¡A ver si te enteras: Carol solo seguía contigo por miedo, porque estás loca! —lloraba con ira—. La tenías atada a ti, no tenía otra opción atrapada entre tus cadenas… pero… Dios mío, qué es lo que has hecho—. Víctor caminaba hacia atrás instintivamente, intentando llegar hasta el teléfono.

En ese momento se escuchó el ruido de la puerta:

—¡Hola papá! —gritaron los mellizos—. ¡Ya hemos vuelto!

—¡No entréis! ¡Quedaros fuera y avisad a vuestra madre! ¡Decidla que llame a la policía!

—¿Qué pasa papá?

—¡Salid fuera ya! —gritó mientras se giraba hacia la puerta de entrada.

En ese momento Sara se acercó rápidamente a la chimenea, cogió el atizador de fuego y dando un grito terrorífico se abalanzó hacia él, golpeándole en la frente. Víctor cayó al suelo.

Sara tenía la cara salpicada de sangre, aún caliente. No paraba de gritar, con la mirada desquiciada, con el gancho elevado para

golpearle otra vez, y con todos los músculos de su cuerpo en tensión, sudando mucho más que antes. Se quedó así, paralizada, mientras sentía de fondo gritos y llantos y más gritos.

—¡Víctor! —escuchó a Sonia como si estuviera muy lejos—. ¿Pero qué has hecho Sara? ¿Por qué? ¡Dios mío! ¡Víctor!

—Vete de aquí. Coge a los chicos y sal. Esto no va contigo. Puedo con otros tres más —amenazó una Sara autómata.

Salieron los tres corriendo hacia el coche, mientras Sonia intentaba llamar a una ambulancia. El pulso le temblaba y el móvil cayó al suelo. Los chicos lloraban despavoridos. Recogió el teléfono y se encerraron dentro. Entre temblor y temblor llamó como pudo a emergencias.

Sara salió de la casa.

—Aún respira —dijo cuando pasó por su lado, sin que la escucharan. Sonia apretaba a sus hijos contra su cuerpo como si con eso pudiera protegerlos, y con mucho miedo, con sus cabezas juntas y agachadas, gritaban y lloraban.

—Calmaos chicos. Ya se va. ¿Lo veis? No nos va a pasar nada—. Intentaba tranquilizar a sus pequeños, que no entendían por qué una amiga de su familia, cercana y amada por ellos, había golpeado a su padre con tal saña. El más intrépido se atrevió a levantar un poco la vista y mirar de reojo la figura ensangrentada que pasaba al lado del coche—. La policía está en camino y una ambulancia llevará a vuestro padre al hospital. Todo se va a solucionar —. Un temblor en su voz y un llanto ahogado, inasible y tenue, traicionaban la intención de Sonia.

Sara echó a correr, pero esta vez con rumbo fijo. Entró en su casa.

—Hola cariño. ¿Dónde te habías metido? —preguntó Carol desde la planta de arriba, al sentirla llegar.

—Te dije que tenía que salir.

Fin

El aguador del tranvía

Para ti papá. Por haberme dejado esa esencia que aún me envuelve y me acaricia. Por tu valentía, tu lealtad y tus inmensas ganas de vivir las cosas como si las vieras por primera vez.

Esta es una historia, como otras tantas, de un buen hombre. Podría decir que es la leyenda del padre más bueno del mundo, pero seguro que muchas hijas dicen esto de sus padres. Lo cierto es que todo lo que quiero contar ocurrió al principio, mucho antes de ser hija, incluso antes de ser él mismo.

Nació el ocho de julio de mil novecientos cuarenta y dos en Yecla. Allí permaneció hasta que, a los tres meses, la familia se trasladó a un Madrid abatido por la posguerra. Se llamaba Pedro, o Pedrito, como le decían cariñosamente. Era el menor de tres hermanos y el único varón de la familia.

Mi abuelo Pascual se quedó sin trabajo a causa de la mutilación de su pierna derecha. “Herida de guerra”, decía el hombre con orgullo.

Comenzaron viviendo hacinados en una pequeña habitación de un piso situado en la calle Jorge Juan, junto a la plaza de toros. Pascual se marchaba todas las mañanas bien temprano a jugar su partida de dominó. Iba siempre al mismo sitio: la bodega de Don Mauricio, que estaba situada a dos calles de su casa. Teresa, mi abuela, se levantaba de madrugada para ir a limpiar el cine Argüelles. Era la única que se ocupaba de llevar algo de dinero a la familia. Mis tías, Rosa y Carmen, iban al colegio, y Pedrito, con apenas cuatro años, se quedaba remoloneando en la cama hasta que su madre volvía del trabajo.

Le cuidaba de vez en cuando la dueña del piso. No le daba siempre de desayunar, pues casi no les llegaba el dinero para pagar la habitación, y tampoco a ella le sobraba. Pero a veces, se enternecía, le partía un poco de pan y le daba un, más que escaso, vaso de leche. Le vestía y le dejaba bajar a la calle cuando se despertaba antes de que entrara Teresa por la puerta.

Se podría decir perfectamente que era un pequeño pieza. Su mayor ilusión por aquel entonces era correr detrás de las palomas para cazarlas.

—Este niño no para un momento —. Teresa se quejaba a menudo, cruzando los brazos bajo el pecho —. Se puede tirar toda la mañana corriendo detrás de esos pájaros.

—¡Mamá mírame! —Gritaba Pedrito al verla llegar a casa —¡Seguro que la cojo y la subo para soltarla desde la ventana!

Por supuesto, nunca conseguía cazar ninguna.

Pascual tenía un amigo que trabajaba en una charcutería y de vez en cuando le regalaba recortes de jamón. Cruzaba todo Madrid para ir a verlo, pero valía la pena el esfuerzo, porque el buen hombre a menudo se apiadaba, y le daba algún recorte de periódico relleno de sobras que allí se tiraban. Un día llegó con un buen trozo de tocino a casa:

—Con este tocino podremos hacer grasa para cocinar. Hay que ir quitando poco a poco trozos pequeños y así nos durará unos cuantos días —dijo orgulloso a su familia, mientras lo guardaba en un armario.

Pedrito podía oler de lejos aquel manjar. Estuvo días sin tocarlo. Solo cerraba los ojos para imaginar su sabor. Pero el anhelo le tapó los oídos y los ojos y le abrió la boca. No pudo resistir más. Aquella mañana se levantó antes de que llegara su madre. Cogió una silla y con sus piernecitas aún cortas subió como pudo, se puso de puntillas sobre ella y abrió con cuidado el armario.

Lo cogió.

Lo miró.

Lo admiró.

Lo devoró en un santiamén.

El pedazo de tocino se escurría entre sus pequeños dedos grasientos mientras hundía la cara en la carne, dando grandes bocados, sin apenas masticar, sin poder casi ni respirar entre mordisco y mordisco.

Su hambre no sabía de hermanas ni de padres, solo escuchaba sus tripas que ya se aburrían de tanto bramar. Después se quedó sentado en la silla, con su cuerpecillo desparramado hacia el suelo, con el buche lleno y una sonrisa de satisfacción.

Cuando Pascual llegó quiso echar mano al armario para coger el tocino, fundir la grasa en el fuego y preparar algo más suculento de lo habitual. Pero ya no había nada con que hacerlo. Esperó taciturno a que Rosa y Carmen llegaran del colegio y los reunió a los tres.

—¿Quién ha cogido el tocino? —Preguntó enfadado —¿Quién ha tenido la desfachatez de dejar a toda la familia sin poder cocinar con ello? ¿Sabéis cuánto me cuesta ir hasta la charcutería con esta pata de palo? ¡No tenéis vergüenza! Esto lo tenéis que pagar de alguna manera. ¿Me habéis escuchado bien?

—He sido yo, Papá —confesó Pedrito, cortando su retahíla —. Lo siento mucho.

Pascual le cogió con fuerza del brazo, le puso sobre sus rodillas y quitándose la correa le dio una tremenda tunda. Sus hermanas lloraban viendo cómo el cinturón se estrellaba una y otra vez sobre sus nalgas. Pedro gritaba a cada latigazo recibido. No le supuso ningún trauma infantil, ni se sintió humillado. Pensó que se merecía

aquella paliza por dejar a su familia sin el tocino. Estuvo varios días sin poder sentarse y la lección le sirvió para toda la vida. Fue la única vez que Pascual le pegó.

En la calle Narváez esquina con Felipe II, frente a una tintorería que se llamaba "Los Yanquis", existía una fuente de la que salía agua clara, limpia y fresca. Rosa y Carmen eran las encargadas de ir allí para recoger el agua con un botijo y llevarlo lleno a casa. Pedrito siempre quería acompañarles, e iba revoloteando a su alrededor saltando y jugando.

Un día, mientras sus hermanas llenaban el botijo, Pedro estaba jugando encima de una vieja alcantarilla que no se ajustaba bien al suelo. Se vino abajo y él con ella. El susto fue morrocotudo. Se quedó llorando en el fondo y sus hermanas desde arriba mirando con los ojos como platos, gritando como Pedrito nunca había escuchado gritar a nadie. La gente se arremolinó alrededor para ver qué pasaba. Por fin, alguien llegó con una cuerda, bajó por el hueco, ató a Pedro por la cintura y otra persona, desde arriba, tiró de la cuerda para subirle. A él se le pasó la llantina, sus hermanas se calmaron y se fueron los tres con el botijo lleno a casa como si nada hubiera pasado.

Después de mucho empeño, Pascual obtuvo un permiso para poner un kiosco de bebidas en un bulevar que hacía esquina con Reina Victoria.

Pedrito, por aquel entonces, se pasaba las horas en unos futbolines cercanos al nuevo negocio. Me contó, tiempo después, que un día alguien le regaló un aro y él lo hacía rodar con un palo sobre el suelo. No recordaba quién fue, pero sí que se sintió el rey de mundo. Era la primera vez que alguien le regalaba un juguete.

El problema lo tenía cuando iba a los futbolines con aquel aro, porque los chicos mayores, chulos y malcarados, se lo quitaban. Entonces, subía llorando al kiosco llamando a su hermana a gritos. Rosa, que era de armas tomar, bajaba con paso decidido y mandíbula apretada, hasta donde estaban esos chicos y los obligaba a que le devolvieran el juguete. Así Pedrito seguía jugando feliz.

Con tan solo seis años Pedro se topó de golpe con su primer sueldo. Era domingo y el calor seco de la ciudad pesaba sobre los hombros caídos de los transeúntes.

—Pedrito, ve a por agua hijo, que este calor nos está matando— pidió Pascual.

—Vale papá, cojo el botijo y lo traigo lleno.

Se acercó hasta una boca de riego que había en una esquina de la calle, cerca del kiosco. Llenó el cántaro mientras se fijaba que un poco más abajo, unos hombres sudorosos hacían fila en una parada del

tranvía. Esos señores salían del campo de fútbol Metropolitano sedientos y cansados. Cuando vieron acercarse a Pedrito le llamaron:

—¡Eh chaval! ¿Qué llevas ahí?—preguntó uno de ellos.

—Agua señor—contestó Pedro.

—Dame un poco chico, que estoy muerto de sed.

—Claro señor, ahí la tiene.

Con mucha sorpresa observó cómo aquel tipo se metía una mano en el bolsillo y sacaba unas monedas que amablemente le ofrecía.

Pedrito no perdió la oportunidad de pasearse por toda la fila y saciar la sed de aquellos hombres. Así fue como ganó sus primeras monedas. El tranvía llegaba y se marchaba lleno hasta los topes, pero en seguida se formaba otra cola, y él no paraba de ir a llenar el botijo para volver a ofrecerlo, una y otra vez. Fue en ese momento cuando rugió en sus adentros esa inquietud: algo que le empujaba a pensar en nuevas formas de ganar dinero.

Tanto tardó en volver al kiosco que Rosa fue a ver si le había pasado algo.

—Pedrito, ¿dónde te has metido? Padre te mandó a por agua y se está impacientando.

—Mira hermana —dijo Pedro, enseñándole un bolsillo repleto de monedas.

—¿De dónde has sacado ese dinero Pedro?—preguntó sorprendida.

—Llevo todo el rato ofreciendo agua a estas personas y a cambio… ¡me han dado todo esto!—contestó Pedro con los ojos chispeantes, tocándose el bolsillo.

Rosa no se lo podía creer. Fueron corriendo a contárselo a Pascual, que al enterarse, olvidó inmediatamente su enfado.

Aquel fue el primero de muchos negocios que Pedro tuvo a lo largo de su infancia. Siempre que había partido acudía a la cola del tranvía vociferando: “¡El aguador!”, y ofreciendo la preciada agua que calmaba la sed, después de una tarde chillando en el campo de futbol.

Cuando contaba con siete años de edad se fueron a compartir piso con una amiga de la familia. ¡Qué ilusión poder tener dos habitaciones para ellos solos! ¡Y con derecho a usar la cocina! Estaba situado en la calle Gómez Ortega y cerca también había una parada: la del tranvía número cuarenta.

Él siempre recordó con especial cariño aquella parada por dos motivos: la primera porque necesariamente tenían que montar en su vagones para ir a ver a una tía suya. Siempre intentaba sentarse. No era vaguería, era porque le hacía mucha ilusión poder ceder el asiento a una persona anciana. Eso le hacía sentirse mayor e importante. La segunda era que cuando se juntaba con los amigos del barrio solían subirse a los topes del último vagón, o ponían chapas en la vía para

comprobar después lo aplastadas que quedaban, las redondeaban con el bordillo y servían para jugar al futbolín.

Una mañana, cruzando la calle López de Hoyos, a lo lejos vio una cosa negra, tirada en el suelo. Sin preocuparse de los coches, que por aquel entonces eran pocos, cruzó la calle para ver lo que era: una cartera negra repleta de dinero. Seiscientas pesetas de aquel entonces. Toda una fortuna.

Cuando la llevó a casa hubo una fiesta.

—Hijo, con este dinero—dijo Teresa poniéndole unos billetes en la mano—, vete derecho a pagar a la tienda del señor Paco—. Estaba eufórica de alegría.

—Vale madre, así lo haré.

—Carmen, tú acércate al mercado y compra un pollo; uno bien grande. Hoy vamos a comer bien chicos—. Teresa tenía la emoción contenida en sus ojos. —Con lo que sobre, os lo repartís a partes iguales y os vais juntos al cine. Por supuesto, ni Pascual ni Teresa se quedaron nada para ellos. Pagaron deudas, y el pollo, bien racionado, les dio para comer un par de días.

Tan mal iban las cosas que Teresa siempre que podía llevaba del trabajo las colillas más grandes que se encontraba cuando limpiaba. Pascual las deshacía y las volvía a liar juntando los restos del tabaco en un cigarro más grande. Así él podía fumar. Pero traer esas colillas no era empresa fácil, pues Teresa tenía que competir con sus compañeras, porque todas hacían lo mismo. Pedrito, como todos los niños de la época, también tenía un primo rico, al que iba a ver en ese tranvía número cuarenta.

—¡Venga Pedrito, vamos a ver a los primos!—decía Teresa alegre.

—¡Bien! ¿Qué tendrán esta vez? A ver si me dan otra canica, ¡o un coche! ¡Sí! ¡Mejor un coche, que canicas ya tengo dos! Sabía que volvería a casa con los juguetes que su primo no quería o que rompía. Se los guardaban siempre para el primito pobre: Soldaditos de plomo sin cabeza o sin piernas, coches sin cabina o sin ruedas… Pero a él no le importaba. Si los soldaditos no tenían cabeza, ya se inventaba alguna guerra donde la hubieran perdido. Y si a los coches les faltaba algo, pues ya se encargaba de llevarlos al taller. Si eran muñecos viejos, pues él cogía de los periódicos los dibujos que encontraba de botellas, las recortaba y jugaba a que era camarero de un bar, con un montón de ancianos como clientes. El último juego que recordaba de su niñez, era con un amiguito suyo cuyo padre tenía un bar. Jugaban al circo en su sótano. Él hacía de león, y el amiguito de domador. Pedrito se metía en una caja de cartón, y el otro chico se ponía frente a él, con un látigo en la mano y un bocadillo de chocolate en la otra.

La picardía que tenía Pedro por aquel entonces le hacía ser sumamente espabilado, y si el domador quería que hiciera las cosas

que mandaba, la condición era que tenía que tirar un trocito del bocadillo al león. De esa forma Pedrito merendaba casi todas las tardes pan con chocolate.

Huelga decir que, mientras todo esto sucedía y su infancia iba pasando, él seguía acudiendo a las paradas de los tranvías en los días de calor para ofrecer el agua, tanto en la parada de Metropolitano, como en la cola del número cuarenta. En cuanto a su experiencia con el colegio fue más bien escasa. Acudió durante tres meses al Sagrado Corazón de Jesús. Le hicieron la clásica foto con una máquina de escribir y el mapa de España de fondo. ¡Una foto con una máquina de escribir! ¡A él, que no sabía leer ni escribir! Volvió a sentirse importante. Entró de forma tardía en el curso. Justo era el mes de las comuniones. Su madre quería que la hiciera y a pesar de que esto supuso grandes debates entre Pascual y ella, finalmente ocurrió. Su padre no era muy religioso que digamos, pero a Pedrito le hacía muchísima ilusión aquel evento.

—Mamá, ¿crees que me pondrán el primero? Al ser el mayor yo creo que sí —decía ilusionado.

—Ya veremos cariño. Haremos lo que diga el profesor.

Pedrito ya se imaginaba el primero de la fila, vestido de marinero y con muchos regalos a su alrededor. Pero no hubo ni traje, ni fue el primero de la fila sino todo lo contrario. Le pusieron el último, porque un niño que iba vestido tan mal no podía ser el primero. A pesar de eso, él estaba muy contento, con sus pantalones cortos zurcidos y su rebeca de lana roída por los codos.

La celebración fue lo que más le gustó. Todos los niños tenían sus regalos, pero pensó que ninguno tenía que lo que a él dieron: una onza de chocolate y un trozo de pan. Todo un manjar. No vio a ningún compañero suyo con chocolate. Lo que no sabía es que ellos tenían eso casi todas las tardes.

Llegó el mes de junio y junto al fin de las clases también terminó así su experiencia con el colegio.

Su niñez, o lo que hubo de ella, terminó pronto porque en seguida se puso a trabajar a jornal completo. Poco a poco iban mejorando económicamente a base de mucho esfuerzo. Sus hermanas también se pusieron a trabajar y Pedrito llegó a tener hasta tres trabajos a la vez. Dos de ellos entre diario y otro los domingos repartiendo periódicos. Pese a todos los escollos que la vida le puso, nunca fue para él una infancia triste. Sí hambrienta y esclava, pero tenía la gran habilidad de disfrutar de las cosas con ansía infantil. Queríacomerse el mundo, a veces literalmente, y ese afán jamás de abandonó.

Vidas ajenas

Capítulo 1: Martín

Si la casualidad o el destino les hubiera podido avisar, no estaría contando esta historia. Quizá el caudal de sus vidas hubiera pasado de largo y a sus anchas ante los hechos que marcaron un antes y un después.

De esto hace ya… casi siete años. El invierno en la ciudad azotaba con toda su fuerza, con aquel frio seco que congelaba los dedos, la nariz y enrojecía las mejillas. Pero Martín, hiciera el tiempo que hiciera, siempre salía a dar un paseo. Al principio lo hacía solo por las mañanas. Solía aprovechar más tiempo cuando lucía el sol porque le gustaba sentir su calor reconfortante. Se había quedado sin trabajo y, con su edad, le estaba resultando muy complicado encontrar algo de lo que fuera. Era un cincuentón atractivo, cuyo nivel de vida hasta entonces había sido normalito tirando a bien. Los ahorros se estaban esfumando a marchas forzadas. Su mujer trabajaba en una librería que no daba para mucho. Tenía dos niñas: Alma de once años y Abril de catorce. El matrimonio tenía una vida más bien anodina; ya casi ni hablaban. Era una de esas relaciones que, de tanto conocerse, habían regresado a costumbres ancestrales, donde ganaban terreno los gestos y las miradas para entenderse, y la palabra se disipaba como ese humo de cigarro que nos molesta y lo alejamos dando manotazos al aire, con cara de fastidio.

Tras un tiempo recorriendo las calles por las mañanas, Martín comenzó a salir también por las noches. No hacía nada extraordinario ni gastaba un dinero que no tenía. Solo quería pasear. A las nueve salía de casa, justo cuando su mujer llegaba de trabajar. Dejaba a las niñas con la cena preparada y todo listo para que ella no tuviera que ocuparse de nada y evitar así discusiones incómodas que retrasarían su salida nocturna.

—Ahora vuelvo chicas—se despedía Martín mientras daba un beso a su esposa y a sus hijas. Cogía la correa de Gala—una preciosa perrita Bichón Maltés—y la ataba para llevarla con él.

—Esto empieza a ser una costumbre obsesiva, Martín—dijo su esposa con el rostro en alto, estirada y seria, intentando ocultar con su petulancia la humillación que en realidad sentía.

—Jolín papá, ¿otra vez te vas? ¡Nos vamos a sentar después a ver otro capítulo! Y ya nunca estás—. Protestó enfurruñada Alma mientras ponía los cubiertos en la mesa.

—Al menos quédate a cenar—insistió su mujer.

—No tengo hambre cariño, llevo todo el día en casa… de verdad que no tardo. Llegaré a tiempo para ver la serie, Alma.

Martin tenía un secreto. Uno que explicaba, en parte, por qué cada vez necesitaba salir más y más a la calle. Le encantaba mirar a las casas mientras andaba y lo que había empezado como un simple pasatiempo, se estaba convirtiendo en una verdadera obsesión. Miraba hacia las ventanas de los edificios e imaginaba las vidas de los demás. En la mañana temprano veía a través de las cortinas ajenas como levantaban las persianas para despertar el día, y en la habitación de al lado, algún padre o alguna madre llamaba a los niños. Otros preparaban el desayuno o se despedían con un beso. Había también gente sola. Obviamente no alcazaba a ver todo lo que ocurría en el interior de sus hogares, pero él se lo imaginaba. Le gustaba figurarse cómo tendrían la casa, cuáles serían sus costumbres, su tipo de comida, si asearían con la misma asiduidad que él, en definitiva, las pequeñas cosas que se hacían por costumbre y que para otros no eran nada normales.

Desde que salía por la noche se había dado cuenta que la luz de las casas le ayudaba más aun a dar rienda suelta a su imaginación. Aquel aporte extra de información, podía hablar más del estilo de vida sobre la que fantaseaba en cada vivienda. Si era luz cálida se imaginaba una familia cariñosa, todos risueños compartiendo los días; si era una luz fría, podría tratarse de una persona soltera o de alguna parejita moderna; si en el salón había luz amarilla, allí estaría toda la familia, en un estancia acogedora de grandes sofás; pero ojo, que si en la habitación de al lado había una luz blanca, eso podría significar que se trataba de un estudio, bien de trabajo del padre o la madre, bien de la universidad de la vida imaginaria de algún hijo ficticio. Pero en sí, ese no era su secreto.

Capítulo 2: Diana

Hace unos siete años que nos mudamos a aquel piso. Nos encantaba. Tenía un salón muy amplio, que se regaba de luz a través de sus amplios ventanales. Las paredes y puertas eran blancas, tres habitaciones, dos cuartos de baño y una cocina cuadrada con terraza. Nos decidimos por una decoración sencilla de estilo nórdico que daba más luminosidad y dejaba muchos espacios libres. Estaba situado en un barrio de la ciudad que, por aquel entonces, se consideraba nuevo.

Tenía amplias avenidas, ceras anchísimas y era tranquilo sin ser solitario. De hecho, estaba repleto de familias jóvenes y parejitas que empezaban su vida juntos. A los críos les gustaba mucho porque podían sacar a Floki por los parques y soltarlo sin peligro. Nuestro chihuahua también parecía disfrutar de aquello.

Se puede decir que aquella fue una época feliz en un período de cambios positivos. Candela y Gonzalo empezaron en otro cole a mitad de segundo. Los pusieron en clases separadas y eso les entristeció mucho. Hasta ahora se habían sentado juntos en las clases, pero enseguida hicieron nuevos amigos y todo fue bien.

Ricardo tenía que hacer unos kilómetros más hacia su trabajo, pero tampoco le suponía ningún esfuerzo. En cuanto a mí… qué decir: estaba encantada. Tenía muy cerquita el trabajo, lo que me proporcionaba más tiempo para otras cosas.

Las mañanas se llenaban de gestos cotidianos como esos besos mañaneros con respuestas adormecidas desde la cama, preparar café para mí y el colacao para mis hijos, empezar a ponerme nerviosa porque no se levantan…ese tipo de cosas.

Yo me despertaba una hora después de que Ricardo se hubiera marchado al trabajo. Candela saltaba de la cama, pero a Gonzalo le costaba un triunfo abrir un ojo por más que levantaba la persiana y le retiraba el edredón. Íbamos andando al colegio con Floki corriendo a nuestro alrededor. Como diría Ricardo: "Érase un perro a un rabillo pegado".

Aquello parecía perfecto: una vida ideal, un marido amante y unos hijos sanos. Pero las cosas buenas llegan a su fin y en mi caso no fue distinto.

Aquella mañana Floki se alejó de nosotros porque quiso saludar a una perrita divina, tan blanca como un osito polar.

—¡Floki! Venga chico, que no llegamos—ordené alterada a mi perro.

—¡Si no se saludan no se quedan a gusto!—dijo el desconocido.

—Mira mamá, ¡Qué bonita es! ¿Puedo acariciarla, mamá?—preguntó Candela poniendo cara de niña buena.

—Venga, saluda y nos vamos que hoy no llegamos al final.

—Me llamo Martín—se presentó el—ya no tanto—desconocido.

—Encantada, soy Diana. Tienes una perrita preciosa, pero nos tenemos que ir, de verdad.

—¡Claro! ¡Adiós Floki!—se despidió el hombre dando palmaditas al perro.

Si tuviera que decir en qué momento empezó todo, creo que puedo afirmar que fue ese. Podría haber tomado otro camino, haber salido cinco minutos antes y no habría coincidido con él. ¿O sí?

Capítulo 3: Obsesión

Fue por casualidad, en una de esas noches en las que Martín se evadía de su propia vida imaginando las demás, cuando la vio. Algo dentro de él hizo que se detuviera más de lo normal en aquella ventana con cortinas verdes, donde podía contemplar la figura de una esbelta mujer joven poniendo el pijama a una niña con coletas.

Pasó días observándola, estudiando sus rutinas y sus horarios. Sabía que tenía un marido que salía bastante antes y que ella aprovechaba a sacar a aquel perro flacucho mientras llevaba a sus hijos al colegio.

Estudiaba su perfil desde la plaza mientras Gala correteaba sobre el césped del parque. Siempre se recogía con una pinza su melena para desayunar. Tras los cristales de la terraza que tenía su cocina, observaba su silueta delgada bebiendo el café de pie. Contemplaba como se encendía la habitación de sus hijos. Una sombra de niña pequeña se levantaba en seguida, y un rato después comprobaba que el niño también se despertaba.

Cronometraba el tiempo que tardaba en prepararles y en bajar a la calle. Allí estaban los tres, charlando mientras caminaban hacia el colegio del barrio. Le pareció la familia perfecta.

Cuando Martín llegaba a casa preparaba la comida a sus hijas, e iba a buscarlas al colegio con la esperanza de verla allí. Pero pronto se dio cuenta de que los pequeños se quedaban al comedor, así que tenía que idear otro plan para poder conocerla.

—Papá, esta tarde salgo contigo para sacar a la perra —dijo Alma mientras pinchaba el tenedor en la carne.

—Yo también quiero papá—rogó Abril.

—Está bien niñas. Hoy Gala tendrá una salida más. La llevaré al cole cuando vaya a buscaros y así luego podéis cenar tranquilas con mamá.

—Ya. Pero tú como siempre no estarás—protestó Alma.

—Necesito mis momentos—contestó él tajante, clavando sus ojos en la cara de su hija pequeña.

—Claro Alma, es que tú no lo entiendes—dijo Abril alzando los ojos hacia arriba con paciencia.

—Sí que lo entiendo. Pero claro, como tú no paras de mensajearte con tu novio—dijo Alma con rin tintín—pues te da igual.

—Venga chicas, no os peléis. Luego llevo a la perra al colegio y nos damos una vuelta antes de llegar a casa.

A la salida del colegio se encontró con el marido. Maldijo su suerte.

—Mira papá. Esta perrita es amiga de Floki—dijo Gonzalo.

—Hola que tal, soy Ricardo—dijo estrechando la mano de Martín.

—¡Hola! Encantado. El otro día nuestros perros coincidieron y parece que se llevan bien.

—Este se va con cualquiera. Es un zalamero. Bueno, encantado de conocerte—dijo Ricardo despidiéndose. Había algo en aquel tipo que no le gustaba nada.

—Hasta luego chicos—se despidió Martín.

En la siguiente salida acudió a la plaza y observó sus ventanas por millonésima vez. Vio como la figura del hombre alto abrazaba a la silueta esbelta de Diana y se imaginó a sí mismo haciéndolo. Rodeándola con sus brazos, besándola, tomándola. No podía apartar su pensamiento de ella. Era imposible. Se despertaba acelerado por la noche, sudando. Iba hacia la cocina, se servía un wiski y volvía a la cama para empezar con ese sueño otra vez que le gustaba y atormentaba al mismo tiempo.

Cada vez pasaba más tiempo fuera de casa. Ya no solo la espiaba desde la plaza. La siguió al trabajo, al gimnasio, a la compra, a las reuniones con sus amigas, a las visitas a la casa de sus padres… Sabía absolutamente todo de ella, mientras su propia familia se iba disipando, como si fueran garabatos que se quitan con goma de borrar.

—Martín, algo te pasa. Estas raro, ausente. Mira, si tienes algo que decirme, hablémoslo ya. Es inútil seguir con esta situación, ¿no crees?

—No me pasa nada mujer. Es la falta de trabajo. Tengo que salir todas las mañanas para buscarlo. ¿Es que no lo entiendes?—la miró con desprecio.

—No me creo que lo hagas. No hablas nada, ya ni con tus hijas. No compartes nada. Estas nervioso y no duermes bien. Contestas alterado siempre. Se está haciendo insostenible la convivencia contigo.

—Déjame en paz—cortó Martín. Para él ya no eran nada en su vida.

Ahora tenía otra familia. Dos hijos buenos y graciosos, y no esas crías ñoñas que ocupaban su mesa, y una mujer estupenda y guapa. Ahora él era otra persona. Sólo había un pequeño inconveniente: se tenía que deshacer del impostor.

Capítulo 4: El Monstruo

Nunca sospeché nada. Yo salía con mis niños y luego me quedaba un rato, a la vuelta del colegio, hablando con aquel hombre agradable hasta que me marchaba al gimnasio. Después trabajaba cuatro horas en la oficina y volvía por la tarde. Me pareció natural verle siempre allí. Al fin y al cabo, todos los que tenemos perro nos terminamos conociendo. No era algo tan raro.

Los fines de semana Ricardo venía conmigo y volvíamos a verle, y siempre iba sólo.

—¿No tienes mujer Martín?—preguntó mi marido algo serio—porque ya conozco a tus hijas, pero nunca nos has hablado de tu esposa.

—Estoy separado desde hace tiempo. A las niñas las tengo todas las tardes conmigo, pero luego duermen con su madre—mintió.

—Ya me ha dicho Ricardo que van al mismo colegio. Es estupendo. Poco a poco vamos haciendo amigos por aquí—dije, ilusa de mí.

—Claro. Aquí me tenéis para lo que necesitéis. De verdad.

Los meses iban pasando y fuimos cogiendo confianza. Incluso Ricardo lo empezó a ver como un amigo. Siempre me dijo que notaba algo raro pero, ¿quién no lo es hoy en día?

Aquella mañana el cielo se levantó gris. Se avecinaba tormenta de verano, de esas que huelen tan bien. El aroma a tierra mojada venía de lejos y los perros no daban abasto a olisquear el césped.

Empezó a llover y a tronar.

—¡Me encantan las tormentas veraniegas!—dije eufórica.

—A mí también Diana—dijo Martín sonriendo.

De pronto un manto espeso de agua cayó, en un segundo, sobre sus cabezas y quedaron totalmente empapados.

—¡Será mejor que nos vayamos a casa, por mucho que nos guste!—exclamé algo resignada—. Nos estamos calando hasta los huesos.

—Además Gala está tiritando la pobre. Mejor nos vamos, sí.

—Oye sube a mi casa un momento y secas a la perra. Quédate hasta que escampe.

—¿De verdad no te importa?—preguntó él.

—¿Estás tonto? ¡Corre que nos empapamos!

Preparé unas toallas para los perros y un café para nosotros.

Cuando estaba frente a la cafetera, llegó por la espalda y me abrazó. Me recordó a los abrazos que me daba mi marido todas las mañanas, pero al contrario que me sucede en esos momentos con Ricardo, me repugnó su contacto.

—¿Qué haces?—dije incómoda.

—Lo que queremos los dos—. Intentó besarme.

—Creo que te estás confundiendo, Martín. No te he invitado a casa para esto. Yo… perdona si te he dado otra impresión.

—Vamos, llevo soñando con esto desde que te vi por primera vez. Ahora eres mía y yo soy tuyo. Ahora vosotros sois mi familia. Tanto me importáis tú y los niños que vivo por vosotros, no tengo más en la vida.

—Vete por favor—supliqué. Me estaba muriendo de miedo.

—¿Pero qué dices? No me puedes echar de mi casa. Por fin estoy donde tengo que estar—torció la cabeza mirándome con gesto interrogante, como si no entendiera porqué le estaba echando.

—Voy a llamar a Ricardo. ¡Y a la policía si no te vas!—grité nerviosa. El pulso y la voz me temblaban. El miedo nació en mi estómago y se propagó por todo mi cuerpo, desde el cosquilleo en los dedos de los pies hasta el corazón desbocado en mi garganta.

—Ricardo… Sí llámale. Tenemos que hacer algo con él… Ese maldito impostor.

Sin pensar cogí la cafetera y le derramé encima el café hirviendo por la cabeza.

—¡Ah! ¡Serás zorra! ¿Pero qué coño te pasa?—rugió Martín.

Salí corriendo. Él se quedó ciego por un momento con las ampollas brotando en la piel de su cara; pero aun así corrió gritando, como poseído. Miré un segundo hacia atrás y le vi abalanzándose sobre mí. Contemplé entonces el monstruo que era. Su cara hinchada por la ira, sus manos grandes intentando atraparme y aquel gruñido que le salía de su mala entraña.

Me alcanzó, me tiró al suelo y me dio un puñetazo en la cara.

Cuando desperté estaba atada a una silla. Me dolía el pómulo.

—¿Qué haces Martín?

—Eres una zorra desagradecida. Estas echando todo a perder. He luchado mucho por teneros a todos. Sois mi familia—dijo dando un puñetazo en la pared.

—No Martín. Tú tienes dos hijas preciosas. Acuérdate de ellas—rogué desesperada.

— ¡No existen para mí! ¡Vosotros ocupáis todo en mi vida! Todo absolutamente—de repente se puso a llorar como un niño pequeño.

Se escuchó la puerta de la casa. Con toda la fuerza que el monstruo tenía me alzó rápidamente con la silla, me metió en la habitación y me amordazó rápidamente.

Entró Ricardo con mis dos pequeños. Escuché la conversación tras la puerta cerrada de mi habitación, pero no podía avisarles. Mis sonidos guturales no traspasaban las paredes.

—¿Martín? ¿Qué haces aquí?—preguntó extrañado Ricardo.

—¡Hola Martín! ¿Dónde está Gala? —exclamaron a la vez los chicos.

—¡Hola niños! Venid, dadme un abrazo. Los perros están en el baño. Les hemos puesto calentitos con toallas porque nos hemos empapado

—. Los chicos se acercaron para abrazarle. Mientras tenían sus cabecitas bajo la opresión del monstruo, les susurró—: Venid con papá —. Candela se apartó de golpe extrañada. Más tarde me pudo contar lo que había escuchado y que fue entonces cuando ella también vio al monstruo.

—Niños, venid conmigo—dijo Ricardo apartándolos de Martín—Te he preguntado, Martín, que qué haces aquí. Y dónde está mi mujer.

—Tranquilo hombre. Está en la habitación cambiándose. Ya os he contado que hemos subido empapados de la lluvia.

Ricardo corrió hacia su cuarto. Martín fue detrás de él y entraron en la habitación.

—¡Pero qué…!—se volvió con ojos de espanto hacia Martín—. ¡Siempre he sabido que tú no estabas bien de la cabeza!—bramó mientras se abalanzaba contra Martín, que en ese instante dio un salto hacia la mesita de noche que tenía a su derecha, cogió el despertador y le pegó una y otra vez con él en la cabeza hasta que cayó al suelo. Se puso encima gritando, golpeándole y pataleándole. Con una rodilla puesta a cada lado del cuerpo de Ricardo, se estiro todo lo que pudo, con las manos por encima de su cabeza, sujetando aún el reloj ensangrentado, se alzó hacia el techo y con un escalofriante alarido propinó un último golpe en la frente, ya deshecha, de Enrique.

El monstruo terminaba con su cacería. El impostor había caído.

Capítulo 5: Yo te quiero, amor

Fui testigo obligado de la tragedia de mi marido. Horrorizada, vi como aquel hombre se ensañaba como un verdadero animal. Mis hijos se asomaron asustados a la puerta, y con un gesto de ojos les pedí que salieran de allí. Cogieron a los perros para protegerlos, y se marcharon corriendo de casa.

Martín se pegó una ducha de agua fría y vino envuelto en la toalla de Enrique.

Yo estaba llorando desolada. Pensé que también me mataría. Sufrí por mis hijos, sintiendo su orfandad, imaginándolos de familia en familia, con trastornos psicológicos por lo que habían visto, sin que les pudiera ayudar. Sufrí por Enrique, aquel buen hombre que conocí en mi adolescencia, a quien desde entonces y hasta ese momento no había dejado ni un solo segundo de querer. Sentí que la pena me estrujaba las entrañas y que, si no me mataba Martín, la tristeza me iba a devorar de dentro a fuera.

—No llores cariño. Tú sabias que esto tenía que pasar. No era más que un intruso en nuestra historia. Ahora vas a tranquilizarte y vamos a preparar la comida—dijo quitándome la mordaza—Por cierto, ¿dónde están los niños?

—Han debido de bajar a jugar a la calle—dije en voz baja, acobardada—. Creo que se han llevado a los perros un ratito abajo, ahora que ya no llueve.

—Bien. ¿Estás más tranquila? ¿Puedo confiar en ti? Te voy a soltar.

—Claro Martín. Siento haberte tirado el café. Entiende que todo ha sido difícil para mí.

—¿Difícil? No lo entiendo. Pero si todo estaba claro. Tus miradas lo decían todo y yo también sentía lo mismo—dijo acariciándome la cara.

—Lo sé, cariño. Yo también te he querido desde que te vi. No sé por qué he actuado así—sonreí—. Perdóname.

—Venga pues vamos a empezar de cero.

Me desató.

—¿Te apetece algo especial para comer?—pregunté.

—Deberíamos celebrarlo con una botella de vino. El otro día vi que comprabas uno bueno.

Todas las imágenes se agolparon en un segundo. Aquellos viernes por la noche, una mesa preparada con dos copas de vino, un picoteo, la risa de Enrique, sus caricias, sus besos silenciosos. Luché por no volver a llorar.

—Claro. Ahora lo saco.

Martín me abrazó y me besó. Yo me dejé llevar. Me metí en el papel de buena esposa y sonreí fingiendo satisfacción cuando, después, me miró a los ojos.

—Que los niños se queden todo el tiempo que quieran en la calle. Hoy el día es nuestro, mi amor—me susurró al oído.

—Tranquilo Martín, no tengas prisa. Son pequeños aún para estar solos tanto tiempo. Esta noche será maravillosa, ten paciencia—dije para ganar un poco de tiempo—. Ahora como buena familia, tenemos que celebrarlo todos juntos.

—Tienes razón. Luego voy a buscarlos. —Me volvió a besar pero se retiró contrariado—. No me besas como a él, no me abrazas. ¿Cuánto más te tengo que demostrar?

—No pienses eso. Olvídale ya. Yo te quiero, amor—. Le abracé y le besé de forma suave, con todo el sentimiento que pude fingir.

—Antes del vino me voy a duchar yo también. Espérame aquí, no vaya a ser que los niños suban de jugar.

Me metí en la ducha, abrí el grifo y me puse a vomitar y a llorar. Me arrinconé en una esquina.

Escuché gritos y volví a sentir el miedo. Durante unas décimas de

segundos pasaron por mi mente todo tipo de pensamientos: ¿Habrían vuelvo a casa Candela y Gonzalo? ¿Les estaría haciendo algo? “Espero que hayan contactado con alguien, por favor, que no les haga nada malo” Rogué en silencio hasta quedarme sin lamentaciones.

Salí corriendo de la ducha, sin ni siquiera secarme ni taparme. No había tiempo. No encontré nada lo suficientemente dañino con lo que salir para defendernos, así que cogí la jabonera rústica, para al menos despistarle y retardar su ataque.

Una mujer desconocida estaba en el salón. A Martín le pilló por sorpresa la presencia de su mujer en aquella casa. Gonzalo y Candela corrieron para abrazar a su madre, desnuda y frágil.

—Esto no es lo que parece, Diana. Estoy divorciado de esta mujer—. Aparecieron en ese momento también sus dos hijas por la puerta de casa.

Supliqué a la desconocida con la mirada y salí corriendo para encerrarme con mis hijos en el baño.

—Conocemos donde viven sus hijas, mamá—dijo Candela bajito—. Hemos ido a avisarlas y resulta que estaba allí esta señora también. No está divorciado, mamá.

—Salid de aquí… ¡Fuera!—escuché el grito de Martín a su familia —. Estáis estropeándome todo. ¡Dejadme vivir! Me he deshecho del impostor y no dudaré con vosotras—. Después su esposa declararía que mientras decía aquello la estaba agarrando por el cuello y la tenía puesta contra la pared de su propia casa, sin contar dónde se encontraban en realidad.

Lo que escuché después por el grito desgarrador de aquella pobre mujer.

—¡Alma!—gritó la mujer—. ¡No hija no!—rompió a llorar.

—Es un desgraciado loco mamá. ¡Nos ha dejado solas y te iba a matar! ¡Es un cerdo!—aulló con rabia la niña—. ¡Le odio, le odio y le odio!

Sentí un golpe seco.

Tras unos segundos, la mujer llamó a la puerta del baño.

—Podéis salir—dijo con voz decaída.

Abrí la puerta con cuidado.

—Quedaos aquí y echad la llave hasta que os diga—avisé a mis hijos.

—¡No mamá por favor!—lloriqueó Gonzalo, reteniéndome del brazo.

—No me pasará nada—le abracé y salí.

La mujer y yo nos miramos cansadas y con tristeza.

—Lo siento. Tenía que haberlo visto venir—se disculpó.

Yo enmudecí. No fui capaz de contestarle que no era culpa suya.

Me dirigí al salón.

Una niña adolescente abrazaba a otra más pequeña que tenía sangre en sus manos. Ambas lloraban.

Miré hacia un lado y Martín yacía en el suelo con los ojos muy abiertos, con un cuchillo clavado. Respiraba con dificultad. La expresión de sorpresa en su rostro aumentó cuando me acerqué, aún callada, quité el cuchillo con fuerza y se lo volví a clavar en el pecho, hasta tres veces, con una furia que hasta ese momento no conocía en mí.

La más pequeña me miró con odio.

—¿Qué tenéis vosotros que no haya visto en mi familia? ¿Por qué os quiere más?

—Eso no es amor hija mía—explicó la mujer.

Abrí a mis hijos la puerta del baño, cogí el teléfono y llamé a la policía.

Mire de nuevo a la desconocida.

—Marchaos de aquí, de prisa—fue lo único que alcancé a decir.

Cuando la policía y la ambulancia llegaron, mis hijos y yo ya habíamos planeado una buena versión para no involucrar a Alma ni a su familia, aunque al final hicieron algunas preguntas a su mujer, pero nunca pudieron demostrar nada.

—¡Aun tiene pulso!—gritó el enfermero, mientras exploraba a Enrique.

Salimos corriendo los tres hacia la habitación donde se encontraba mi marido.

Tardaríamos unos meses, pero entonces supe que aún quedaban muchos más viernes por la noche, más mesas preparadas con dos copas de vino, más picoteos, más risas de Enrique, más caricias y muchos más besos silenciosos. Esta vez no luché por no volver a llorar.

Fin

Prosa Poética

Mi paseo favorito

Para David, por ser único y especial. Por quererme tanto, y porque no te puedo querer más.

Llevamos más de doce años juntos. Ha sido un paseo lleno de florecillas y pequeños cantos rodados que al andar se clavan en la suela de los zapatos. Nunca han sido grandes piedras, pero hemos tenido que quitarlas con cuidado, para que no se queden clavadas o rasguen nuestros pies y así poder seguir andando y admirando esas flores. Porque hay muchísimas, con multitud de colores, tamaños y olores. Y son maravillosas.

El rincón donde habitas

Existe un rincón secreto dentro de mí. Es el sitio donde tú habitas. Un escondite inmenso que está lleno de vivos recuerdos. En él se encuentran tus manos, tan morenas y grandes. Están tus ojos que me miran con cariño. Allí nuestras risas resuenan, y las conversaciones se expanden durante días, durante años.

Existe un rincón secreto dentro de mí que todo el mundo conoce, pero en el que nadie sabe cuántas cosas guardo. Solo tú y yo. Allí no cabe la obscuridad, porque la luz de la mañana clara lo invade. No podría ser de otra manera, si es tu hogar y tu presencia todo lo ocupa. El olor de tu colonia lo puebla. He puesto todos tus consejos bajo llave, en un baúl dorado, para sacarlos sólo cuándo me hagan falta y así nunca perderlos. Es nuestro lugar, el único que nos queda. Es donde sigo abrazándote para poder reposar mi cabeza sobre tu piel, tan blandita, mientras te cuento esas cosas que sólo tú escuchas. Allí es donde te encuentro.

Tengo todas tus bromas recogidas en cajas de colores, que se abren cuando acudo a ti. He enmarcado tu lealtad, para admirarla orgullosa cada vez que entro. Millones de imágenes penden de las paredes. Están puestas por orden cronológico, aunque a veces cobran vida, y se mezclan y se invaden y se pisan, voraces por querer ser las primeras, por más que yo sepa que todas caben.

He colocado una mesa y un sofá donde poder sentarnos a tomar nuestro café, como siempre te gustaba, rodeándolo todo con preciosos cojines. Cada uno de ellos los he bordado yo, con tus inmensas ganas de vivir, para estrujarlas de forma suave, y contagiarme de ellas.

Existe un rincón secreto dentro de mí, papá, luminoso y cálido. Y allí es donde tú habitas.

Reflexiones

Ausencias

Para ti mamá. Por haberme dejado ese rastro que sigo una y otra vez hasta dar contigo antes de despertar. Por tu alegría, tu fuerza y tu amor incondicional.

Ahora tendrías setenta y nueve años. Me da cierto vértigo pensar en ello, porque en mi mente te quedaste como una imagen pausada en la televisión: tus ojos no cambian, el mismo número de canas que se vislumbran bajo el tinte rubio, la misma comisura en tu sonrisa, tu sentido del humor, tu genio invariable, tu dulzura intacta, tal cual, ni más ni menos. Así estás guardada, año tras año, en esta caja rota que tengo por cabeza. Y sí, me da cierto vértigo no ser capaz de imaginarte de otra manera.

Me pregunto a menudo cómo habrías sido. ¿Qué sentirían mis dedos surcando tus nuevas arrugas? ¿Cómo habría cambiado el tono de tu voz? ¿Serías aún más pequeña y achuchable? A veces te imagino a mi lado charlando, más viejita y delgada. Otras llamándome por teléfono, preguntando por David, al que por cierto, estabas aún lejos de conocer.

En ocasiones recreo nuevas vivencias… No son cosas especiales, sino más bien algo cotidiano; pequeños gestos diarios que no pudimos tener. Porque si retrocedo en el tiempo, a mi mente llega ese beso antes de ir a dormir y el primero de la mañana, ese domingo oliendo a cocido, esas noches bajo la manta pidiéndote que me dejaras ver la tele un poco más, llegar del colegio al medio día hambrienta y verte en la cocina, con la tele encendida, esperándome, o como cuando te veía preparar la muda a papá para el día siguiente. Vuelvo a tu risa espontánea, a tus regañinas en mi adolescencia, a tus consejos de madre sabia, a tus sorpresas por navidad, a tu titánica ilusión de niña que siempre mantuviste, a lo divertidísima que podías llegar a ser, a tu amor inmenso de abuela; a millones de cosas… No todo fue perfecto, está claro. Pero fuiste una gran madre, con tus defectos y tus virtudes. Y lo sé porque a día de hoy aún me llega tu amor, aquel que me diste. Todo lo demás no importa. Porque respirabas por y para los cuatro, aunque en ese momento no supiéramos verlo. Pese a los escollos que te pudo poner la vida, tu amor siempre fue doblemente infinito.

Hace diecisiete años que te fuiste y a veces me parece que todo fue un sueño. Muchas veces siento rabia, y me veo como una víctima. Como si la vida se estuviera muriendo a carcajadas al mirarme. Pero no de las divertidas, de las que te duele el estómago; si no como si fuera un payaso con los ojos pequeños y la boca muy grande para poder tragarme. Sí, de esas carcajadas que dan miedo.

Apenas te disfruté en mi etapa adulta y me haces mucha falta aún en mi madurez. Los recuerdos que me hacen sonreír causan añoranza.

Siempre recordaré tu último cumpleaños. El destino te quiso hacer el regalo más especial que nunca habrías recibido, ya que, tal y como pronosticaste, vino al mundo nuestro Gonzalo, tu chato como le llamabas: tu nieto. Desde luego, se puede decir que te fuiste a lo grande. Y es que la vida, en su agridulce vaivén, nos sorprende a veces regalándonos cosas hermosas en medio de sus despiadadas tormentas.

Merece la pena, siempre

Por notar la arena caliente jugueteando entre los dedos de mis pies al pasear por la orilla de una playa olvidada; por poder escuchar el rumor de las olas al acercarse suaves, por poder dejar de temer al sol y disfrutarlo—siempre— y poder sentir la brisa refrescando mis pecas. ¿Podéis notarla meciendo vuestro cabello?

Por poder observar una escena familiar feliz. Ser la espectadora de conversaciones políticas, de series y de libros…, ser partícipe de risas y de planes. Tener el lujo de pensar que todo está bien mientras os contemplo uno a uno, sin tener que imaginarlo —siempre— ¿Percibís la tranquilidad?

Por esos paseos junto al rio con mi perra, viéndola feliz y disfrutando sin correa que la retenga y pensarla junto a mí—siempre —respirando juntas aromas florales. Por notar la fuerza boscosa con la mente limpia de inquietud y no tener más preocupación que pararnos a admirar el agua atravesando la tierra. Si cerráis lo ojos, ¿podréis escuchar su caudal?

Por observar a mi compañero dormir tranquilo a mi lado. Por viajar con él y reencontrarnos
—siempre—, por poder reírnos siendo cómplices y amigos. Por perdonar nuestras salidas de tono, porque sí, para querernos. ¿Veis cuánta generosidad?

Por poder reunirme con mis amigas, diluirme en esas risas que mitigan mis dolores, calman mis miedos, y me hacen olvidar. Por volver a casa con el corazón inflado y completo. Porque tienen las fichas del puzle que soy y me completan—siempre—. ¿Entendéis cuánta lealtad?

Por tantas cosas bellas — y a veces imposibles — y por disfrutar, aunque sea una décima de segundo, de esos pensamientos que ahuyentan mi otra realidad y abrigan mis fríos. Por todos los buenos momentos, y lo malos también. Por ellos y a pesar de ellos, adoro la vida: mágica, especial, vibrante, sensible, terrible, amable, trágica, valiente… Solo por eso, todo merece la pena —siempre—.

¿Apreciáis mi felicidad?

Huellas

Siempre he sido de esas personas a las que se le cumplen sus sueños… literalmente. No se trata de reminiscencias ni dejavús; se trata de acordarte de uno al levantarte y que te pase lo mismo tiempo después. ¿Os ha sucedido a vosotros alguna vez?

Esta noche me he perdido en un bosque frondoso y una lluvia fina caía sobre mí. Abrí los brazos para dejarme llevar, sintiendo las fragancias que emanaban de los troncos, de las flores y de la tierra. Levanté mi cara hacia el cielo para impregnarme de toda esa calma que me proporcionaba el roce del agua fresca en mis mejillas, mientras contemplaba el baile organizado del que disfrutaban las copas de los árboles. Esta noche he sentido la canción de la naturaleza agradeciendo la vida.

Observé cómo las gotas resbalaban, divertidas, sobre las hojas, como si de un tobogán se tratara. De repente, me hice muy muy pequeña. Elegí el arbusto que me pareció más hermoso. Trepé por sus tallos y me coloqué sobre una de sus hojas. Me senté en su base, acurrucada y con los ojos cerrados, esperando que una de esas pequeñas gotas me atrapara por completo. Sentí el vapor del agua sobre mi frente y alcé la vista. Estaba dentro y todo a mi alrededor eran imágenes vidriosas, como cuando se ven los coches a través del parabrisas, en un día de lluvia y atasco. Resultó acogedor y terrible al mismo tiempo, como la vida cuando te hace llorar.

Me balanceé con cuidado para no romper la hermosa esfera que me cobijaba, cogí impulso y rodé a lo largo de todo el limbo, sintiendo su vida tierna y emergente. Me deslicé hacia el ápice para lanzarme como quien se tira en paracaídas.

Sonreí.

Me convertí en miles de partículas que se expandieron por el aire y colonizaron la tierra preñada de raíces y semillas. Me fundí con los olores y con el tacto y podía ver todo, en todas partes…

Si vais ahora a ese bosque no me podréis ver; pero sin que seáis conscientes, me tocaréis al acariciar una flor, me podréis oler en los días de lluvia y también cuando haga sol; me escucharéis cantar honrando a la vida y veréis cómo bailo junto a las copas de los árboles más altos, en plena libertad.

Soy una de esas personas a las que se le cumplen sus sueños… ¿No sería bonito poder algún día dejar ese tipo de huella en la humanidad: magia, vida y libertad?

Historia de una muleta

Primera

Paseo por la calle con mi perra a un lado, y la muleta al otro.

Veo dos mujeres que deben pasar de los sesenta años, con su ropa deportiva, andando tan rápido que parece que sus pies quieren ya trotar, mientras hablan joviales. Sus pulmones aún quieren dar más.

Mi perra me mira, consciente de que no puede ir muy deprisa, pero un amigo con el que jugar aparece. Ella tira para ir a su encuentro y se enreda a mi alrededor con el flexi. A la pobre le asusta la muleta, se pone nerviosa y se empieza a liar cada vez más y va tejiendo una especie de ochos entre mi soporte y yo.

Con la torpe intención de controlarla, empiezo a dar vueltas sobre mí misma, poniendo toda mi atención en mantener el equilibrio para no caerme. La muleta se estampa contra el suelo; la perra aún se asusta más, del golpe, y yo giro y giro con la punta de los pies, como quien intenta hacer un pirouette. Si lo hago a posta, no me sale mejor. Son malabares de alto riesgo para mis rodillas.

Las mujeres se paran, recogen la muleta, me sonríen y siguen su ritmo.

Observo como se marchan y no sé si reír o llorar.

Ellas siguen con su incipiente trote, y yo con mi perra a un lado, que me mira resignada, y mi muleta al otro. Son compañeras mías, las dos, desde hace muchos años ya. Así soy yo. A veces es divertido. A veces no.

Segunda

He empezado una recopilación que se titula "Historias de una muleta". Y es que las anécdotas que surgen con mi vieja compañera son incontables.

Hoy por ejemplo: Salgo del médico de cabecera. Me pide que espere fuera porque quiere hacerme una ecografía de rodilla. Hay una mujer mayor
—muy mayor— sentada en una de las butacas. Es bastante elegante. Lleva un pantalón de cuadros y un poncho gris a juego, cubriendo una camisa blanca, impoluta, sin una mancha, sin una arruga. Dos horquillas plateadas sostienen su moño cano; zapatos marrones, tipo bailarinas pero con un poquito de tacón, gafas de sol grandes y

cuadradas, combinadas con el calzado. A pesar de estar en una sala de espera, las lleva puestas y la quedan muy bien. "Antes muerta que sencilla", pienso yo.

Sus orejas colgantes hablan de su edad, mientras luchan contra la gravedad sujetando unas perlas nacaradas. Con la imagen que proyecta, me imagino a una mujer rica en educación, que no necesita nutrirse con conversaciones banales de ambulatorio para amenizar su espera.

Salgo con mi muleta y me siento para esperar la prueba. Ella me mira y comienza a hablar:

—¿Ha tenido usted un infarto? —pregunta sin ningún tipo de preámbulo. Yo, con mi cara a cuadros y valorando su intención, le contesto titubeando...

—¿Eh? ¿Yo? Pues no... no he tenido ningún infarto —. Intento cortar sutilmente la conversión mientras voy masticando la pregunta.

—¡Ah! ¡Pues yo sí! Hace ocho días. Y también cojeo desde entonces. Por eso le preguntaba. Es que a partir de una edad, ya estas cosas pasan...

Su voz era temblorosa y añeja, como la de las abuelitas de los cuentos.

"¿A partir de qué edad?", pienso, "¿Me está comparando con ella?"

Vale que los niños, los chavales, incluso alguna persona de mi edad me llamen señora. ¿Pero esto? ¡Si le ha faltado decir: "a nuestra edad"! ¡Es una abuelita de libro! No le queda un centímetro en su cara sin arrugar y la mandíbula se está escondiendo detrás de sí misma por la falta de dientes.

¿Creéis que la contesto? Claro que no; no lo hago. Soy invadida por un sentimiento de respeto que me impide expresar mi indignación. Me quedo con mi cara a cuadros, mirando al frente, rozando la mala educación por no querer continuar su charla, y deambulando entre la compasión ante su piel ajada y la perplejidad por la pregunta. Mientras otra mujer, testigo de todo, nos mira divertida. Al menos a ella, la hemos hecho pasar un buen rato.

Tercera

Son en estas ocasiones cuándo una se da una cuenta de qué estamos echas las personas. Y no quiero decir con esto que todo el mundo sea malo; para nada. Pero vivimos tan deprisa, y vamos tanto a lo nuestro que la urgencia se convierte poco a poco en mala educación y ésta a

su vez se transforma en falta de humanidad.

Hoy estaba esperando en un paso de cebra con mi muleta a un lado, como siempre, y observo algo curioso: los coches paran (algunos) a todo el mundo menos a mí. Sienten la prisa aprisionándoles tanto como el cinturón del coche que llevan puesto, y por supuesto, les supone mucho estrés esperar que la lentitud de mis pasos cansados terminen de cruzar toda la calle.

Haciendo un acto de valor, pongo a mi amiga la muleta en el asfalto junto con mi pierna mala y comienzo a andar. Mi intención es obligar a estos conductores estresados a parar, pues estar tanto de pie me empieza a cansar y a doler.

¿Pensáis que lo hacen?

El primer coche me esquiva por la espalda, pasando a dos centímetros de mí, lo que me obliga a forzar un paso con una premura que no me puedo permitir. No ha considerado que llevar la muleta supone que no ando bien, y que me puedo caer ante una cosa así; un segundo vehículo pasa a pocos centímetros, esta vez, por delante de mí, y ello me hace retroceder y todo acompañado con movimientos instintivos de cintura, como si con ello pudiera evitar un atropello. Si hubiera tenido un hula hoop me habría salido mucho mejor que cuando era niña. El tercer coche por fin para, y quiero pensar que lo hubiera hecho igualmente, y que no solo lo ha hecho para evitar llevarme por delante.

¿De verdad tanto nos supone parar dos segundos más de lo normal? Lo peor es que estoy segura de que yo, en otras circunstancias, actúo exactamente igual, sin pretenderlo.

Parémonos un momento y evaluemos que nos supone vivir un poquito —solo un poco— más relajados. Hablémonos con calma, sin estrés; cedamos el paso, abramos la puerta, y demos las gracias cuando lo hacen con nosotros, charlemos con la cajera que nos cobra, sonriamos al dirigirnos a alguien, contestemos a quien nos pregunte; que la vida está formada por esos segundos que desperdiciamos llenos de agobios y malos humos, que no nos llevan a ningún sitio, ni nos hacen mejorar nuestro escaso tiempo.

Que la falta de humanidad no engulla nuestra educación porque al final todo afecta y se convierte en ausencia de nuestra propia felicidad.

Agradezco con la mano al conductor que ha parado para dejarme pasar y él me hace un gesto aquiescente.

Por fin he cruzado la calle, milagrosamente, sin un rasguño.

Marta Azorín Luque

Nació en Madrid en 1976, aunque creció en Getafe rodeada de mucho amor, tanto como expresan sus escritos.
Cuando de pequeña le preguntaban qué quería ser de mayor siempre decía que escritora y pianista; las dos cosas a la vez, por supuesto.
A día de hoy estudia piano y se ha metido de lleno en la creación literaria, a través de su blog: yaestamartaconsushistorias.com y en redes sociales: Las Historias de Marta, cuyo nombre ha dado lugar al título de este libro; así que, a sus cuarenta y tantos, está cumpliendo dos de los sueños que despertaban su alma infantil.
Amante de la naturaleza y los animales, sobre todo de su Bichón Maltés, que la acompaña todo el día, y como no, de la música y los libros.
Participa en el programa “Relatos” de la radio Sputnikradio.es,

leyendo escritos propios y prestando su voz a textos que le proporciona la emisora.
Actualmente sigue trabajando en sus redes, compartiendo con sus queridos lectores aquello que desea transmitir, y afrontando el gran reto de escribir una novela cuyo escenario histórico será la segunda república y la guerra civil y cuya historia no dejará a nadie indiferente.